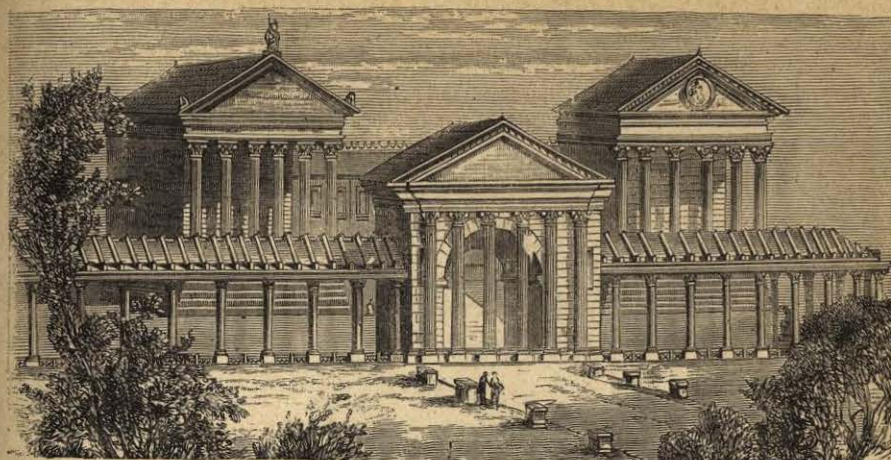


— ¡Claudio mío! — exclamó Agripina besándole.
 — ¿Qué hacer? — preguntó Claudio.
 — Lo que indica el pueblo — respondió Vitelio.
 — ¿Qué indica el pueblo — volvió á preguntar Claudio.
 — Acércate á esa ventana y atiende con cuidado al ruido que retumba.

— ¿Qué significa eso? — preguntó Claudio.
 — Pues el pueblo, fiel á la memoria de su predilecto Germánico, pide ahora que sanciones el decreto de la Curia y aceptes lo por mí propuesto y por todos los senadores á una votado.

— Haré cuanto queráis — respondió Claudio, abrumado bajo la pesadumbre de todos los afectos que le traían y le llevaban de un lado á otro en aquellas espirales de pasiones tremendas, de intrigas bajas, de proyectos confusos, de miras diversas en que su cuerpo y su alma se despedazaban moral y materialmente contra tantos escollos. Así firmó la tablilla en que daba su sanción al perjuro. En cuanto la hubo firmado se abrieron las puertas del palacio y se desparramó el pueblo por jardines y solares en tal número y con tanto jolgorio que temió Claudio morir al entusiasmo popular. Y en cuanto el pueblo dejó libre de su inundación el palacio de Agripina, entraron al cubículo, donde se hallaban ésta y Claudio, el hijo de la una, su Nerón, y el hijo del otro, su Germánico. Aquél, industriado ya, se lanzó al cuello de Claudio y le llamó su padre. Germánico no hizo lo mismo con Agripina; pero Vitelio le cogió de la mano y le llevó á los brazos de la nueva Emperatriz. Esta lo besó, como lame la hiena los barrotes de su jaula. El pobre joven experimentó un frío como si le hubiese besado la muerte. Así que supieron Calixto y Narciso, los dos libertos enemigos de aquella boda, cuanto acababa de ocurrir, se miraron uno á otro y en aquella mirada se dijeron estas siniestras frases: «¡Ya tan sólo tenemos que aguardar en el mundo al verdugo!»



CAPÍTULO XIII

LAS ABUELAS DE AGRIPINA

Sin comprender á Agripina, imposible comprender á Nerón, é imposible comprender á Agripina sin evocar la madre de su madre, Julia, y la abuela de su padre, Livia. De Julia sacó Agripina la insaciable sensualidad y de Livia la inextinguible ambición. Su abuela, Julia, fué hija de Augusto, ilustre fundador del imperio; y su bisabuela, Livia, fué de Augusto última mujer. Estudiémoslas. Un grande imperio, á la verdad, no es tan sólo una persona, es también una familia. Todos los allegados por la sangre y por el apellido al monarca, necesitan compartir su majestad y su nobleza. De aquí la inmensa importancia que los problemas familiares, ó sean los problemas dinásticos, alcanzan á una en toda monarquía. Las leyes romanas, escritas para un pueblo republicano, aunque admitían la diferencia esencial entre familias patricias y familias plebeyas, no contenían el caso de una familia cesárea, cuasi divina, en donde hombres y mujeres necesitan de privilegios propios, muy esplendentes, para lucir en derredor del monarca. Octavio, desde que subió al trono para fundar el Imperio comenzó á idear distinciones legales para los suyos. El sistema parlamentario arraigaba tanto en las costumbres romanas y el afán de legislar se compadecía de tal modo con la romana complexión, que Augusto pidió excepciones legales para su familia. No tenía

hijos Augusto. En ello fué tan desgraciado como el dictador Julio César. Pero tenía sobrinos, provenientes de su hermana Octavia, como Marcelo; nietos, provenientes de su primogénita Julia, como



Julia, hija de Augusto (busto del Museo de Nápoles)

Agripa; entenados; provenientes de su mujer Livia, como Tiberio. Marcelo había entrado por este tiempo en sus diez y nueve años. Una ley, llamada *de Annalis*, exigía veintinueve años para postular el consulado; Marcelo pudo postularlo y optar á él dos lustros antes que los demás ciudadanos. Para su hijastro Tiberio, que á la sazón aquella contaba diez y ocho años, recabó la prerrogativa de optar á los cargos públicos antes de cumplir veintiséis. Así, por estas excepciones, iba poco á poco Augusto fundando la familia imperial y constituyendo una dinastía cesárea. En esta dinastía re-

presentaban papel importantísimo las mujeres. Octavia, la hermana mayor de Augusto, determinó ella, no solamente una parte considerable de la política interior del Imperio, sino también una



Livia, mujer de Augusto (busto de la Galería de los Oficios de Florencia)

parte considerable de la política exterior. Cargada de hijos en los diversos matrimonios á que la constriñeron el emperador y el Imperio para sus necesidades políticas, y hasta cargada de hijastros, al hogar conducidos por su matrimonio con Antonio el célebre amante de Cleopatra, pedía honores, cargos, distinciones, riquezas y preeminencias sin tasa para estos príncipes de la sangre. Por su parte, Livia no se descuidaba respecto de su hijo Tiberio, á quien creía ver en sueños de ambición desapoderada sobre un trono tan alto como el nuevo trono de Roma. Pero la preferida en aquella

familia imperial y cesárea, la verdaderamente amada, era Julia, la princesa Julia, en quien á porfía se juntaban la inteligencia y la hermosura. Augusto se miraba en ella, designándola para ornamento de su corte, ya que le parecía en su amor paternal hechizo de su vida. Por tales motivos Julia desempeñó durante muchos años, en la Ciudad Eterna, un papel de protagonista que provocaba muchas envidias, y provocando muchas envidias la exponía de suyo á muchos y muy temerosos peligros.

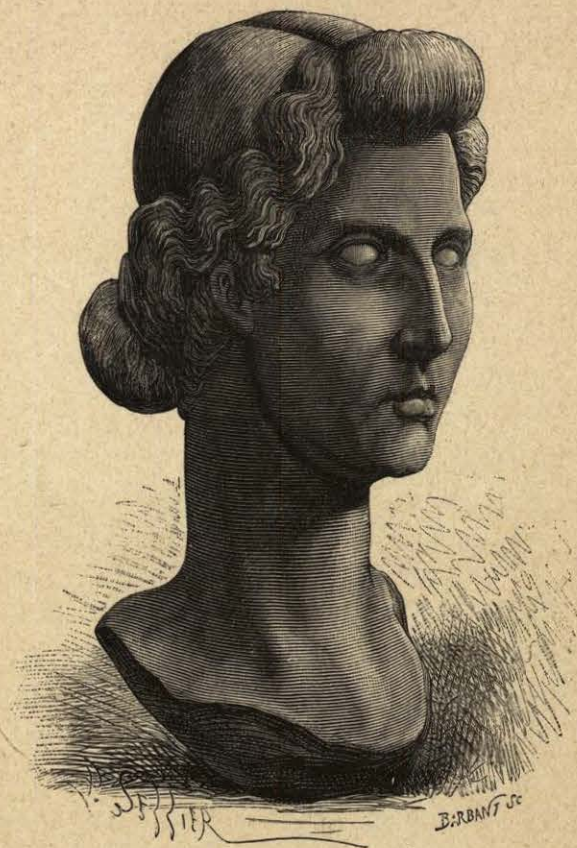
Esta víbora de la envidia se hallaba demasiado cerca de Julia para que no le picase á la continua y no concluyera envenenándola. Se personificaba la envidia en su madrastra, la esposa última de Augusto. Esta madrastra, llamarémosla por su nombre, Livia, no parecía una mujer de casa, parecía un hombre de Estado. Si á la hombruna Fulvia, mujer de Marco Antonio, pudo llamársela un general, un emperador, pudo y debió llamársele á Livia estadista verdaderamente viril. Pero si Livia sólo deseaba regir el mundo, Julia sólo deseaba gozar de la vida. Mientras la mujer de Augusto se perdía en la sirte de todos los problemas políticos, la hija de Augusto se perdía en los abrazos de todos los placeres juntos. A primera vista diríase que les quedaba plaza y lugar á las dos para el sendo ejercicio de sus respectivas inclinaciones, diferenciándose tanto los atractivos en el goce de las tristes asperezas en el mando. Y efectivamente, Livia y Julia jamás chocaran, jamás, entre sí, á no tener una y otra hijos. Por ley natural todas estaban en el caso de fijar su atención y su deseo sobre la herencia de Augusto y apercibirla cuidadosamente y arreglarla con arte para su prole respectiva. Los goces y placeres de la hija, que tanto la separaban de los austeros tratos usuales con la esposa, hubieran servido á ésta, en el caso de infecundidad en aquélla; pero fecunda, con hijos, la deservían mucho. Echábalas Augusto de moral. A título de sus purísimas costumbres había tomado el cargo de censor purificando la cámara patricia, y había combatido las orgías de Antonio, vencéndolo en Accio y en Egipto. Nunca le perdonó á éste la ofensa material que le hizo con retratarle á él mismo como un sátrapa de Oriente rodeado de muchas fáciles mujeres propias y ajenas. Augusto quería en todo eclipsar á la República y merecer el Imperio; pero sobre todo en materia de costumbres. No conservaba el título de César, ó sea

dictador perpetuo, solamente por su ciencia y por su valor; lo conservaba por aventajarse la naturaleza y complexión suya en virtudes á todos los romanos. Y fundador de un régimen desusado, nuevo, reciente como el régimen monárquico, de carácter imperial y cesáreo, sabía cuánto los prestigios naturales de su familia y de todos sus parientes prestaban de suyo natural autoridad á su imperio. Desde que, tomando el aumentativo nombre de Augusto, se propuso prosperar todos los negocios públicos en Roma, quiso que prosperase también bajo tal advocación la virtud y el brillo moral de su familia. Pero en esta familia ¡oh! había muchas mujeres, y con las mujeres hijos, nietos, entenados, sobrinos, afines varios, los cuales formaban dentro de la familia imperial ejércitos contrarios. Por consecuencia, el emperador acariciaba un sueño. Baste considerar para persuadirse á ello, que junto á Octavia, cuñada; junto á Livia, mujer de segundo lecho, como suele decirse; junto á Julia, hija de Augusto é hijastra de Livia, se hallaba nada menos que la madre de aquélla, la primera mujer del emperador, Escibonia. Y caso rarísimo: después de haberla despedido por público repudio y en solemne divorcio, la retenía dentro de la casa y á su lado. Imaginaos una esposa repudiada en compañía de la esposa que le ha sucedido y del esposo que la ha traicionado, y de la vieja cuñada y de la joven prole. Aquella casa debía parecerse al infierno. Y todas las cóleras infernales, de tan diversos puntos partidas, ¡oh! debían arremolinarse á una sobre la frente de Julia y perderla para siempre.

Grande contrariedad al emperador Augusto. Desde que mataron á César había consumido la existencia en guerrear con todo el mundo. Cerráronle primero el paso los dos estoicos asesinos de César, y los persiguió hasta exterminarlos en Filipos. Los hijos de Pompeyo, tan valerosos y tan desdichados como su padre, habían querido combatir el poder supremo amortizado en su persona singular, y los ahogó, venciendo á Sexto en las aguas de Sicilia. El triunviro Lépido se había creído á su altura por ejercer tal dignidad ó llevar tal título, y lo destronó despiadadamente. Retólo Antonio y tuvo que ir de Brindis á las aguas de Accio, desde las aguas de Accio á las aguas de Alejandría, luchando y reluchando con aquel pretoriano, que fuera general suyo, y con aquella reina, que fuera favorita de César; y cuando, superados tantos escollos, ven-

cidas tantas fuerzas, disueltas rebeliones tales, ufanábase con cerrar el templo de Jano y traer paces perpetuas al mundo, un combate mortal surgía en su propia casa y la guerra tronaba devastadora sobre su tálamo nupcial y en los sacros senos de su divina familia. Lloraba Octavia por un lado la muerte de su débil y entequísimo Marcelo, á quien darían inmortal nombre, mas no vida inmortal, los inmortales hexámetros por Virgilio escritos en lamentación de su muerte. Andaban de aquí allá los hijos varios de Julia, por Augusto amados, como nietos suyos que eran, pero aborrecidos de Livia, quien los designaba para la muerte allá en sus deseos secretos, concentrados todos ellos sobre un propósito de recabar el imperio para su hijo de otro matrimonio, para su hijo sobre toda ponderación inteligente y hermoso, para su Tiberio. Luego venía Escribonia, esposa honoraria, desechada para siempre del tálamo, donde había pasado noches muy amargas en la vigilia y en el insomnio durante los tiempos del combate, bien diversos de aquellos en que gozaba otra la múltiple satisfacción del triunfo, envenenándose á sí misma en dolor asesino regado con ponzoñosas lágrimas y envenenando el ánimo de Julia, sobre quien Augusto reconcentraba sus amores y sus esperanzas. Julia pudo compartir, más que persona ninguna, el imperio con Augusto, de tener propensiones políticas; pero Julia era la pasión erótica encarnada. El apetito más desordenado movía su voluntad, concentrada en el placer y en sus goces. Aquel organismo suyo se asemejaba muchísimo al organismo de Cleopatra. En delirio perpetuo, los sentidos aquellos no se hartaban jamás. Su instinto brutal copiaba del deseo puro é idealista lo infinito, lo eterno, lo insaciable. Sobre su organismo, donde parecía el fuego de la vida sólo animado al fuego del placer, sobreponíase una complexión voluptuosa. Llevábanla sus músculos al inmundo vicio de la más increíble lubricidad, como á cualquier cuerpo inerte le dan sus átomos un ser fatal incontrastable. Los nervios vibrantes sacudíanse como epilépticos al aguijón del deseo. El cerebro sólo concebía ensueños lujuriosos, que dominaban á un tiempo el corazón y el estómago de aquella libidinosa mujer. En vez de apartar el pensamiento de las cosas sensuales, hundíalo en su contemplación. Las ideas, puras de suyo, prestaban al deseo grosero continuo combustible. La vida humana se apropia unos

elementos y repele otros, quiere á unas personas y á otras detesta. Julia, en sus vicios, no hacía distinción apenas de clases y personas. Lo mismo le daba un viejo gladiador que un joven patricio. Disgustábase de todo cuanto no fueran sus orgías, y en tal estado terrible de su ánimo y de su conciencia tenía junto á sí una mujer



Octavia, hermana de Augusto

que la celaba como Livia. De igual suerte que los creyentes guardan el temor de Dios, Julia guardaba el temor de su padre. No quería, pues, en modo alguno disgustarlo. Así, hacía cuanto estaba en su mano para ocultar á la indagadora mirada suya lo grosero de tantos apetitos como dirigían y afeaban su vida. Las orgías presididas por ella tomaban el carácter de una conjuración. Como placeres anejos á la voluptuosidad, sentía con suma viveza el comer y el beber desordenadamente. Las leyes han puesto en las propensiones del individuo á propagarse la conservación de su especie. Pero el

placer de la mesa no puede compararse con los placeres del amor, cuya intensidad muestra de cuántos medios y recursos ha necesitado valerse la próspera naturaleza para imponer á los individuos esa transfusión de sí mismo en otro ser, deseado y querido, transfusión que lleva en sí aparejada la muerte continua y que resulta en último caso una especie de inconsciente suicidio. Y mientras Julia era como encarnación de la más intensa lubricidad, Livia era como encarnación de todas las ambiciones políticas. Y así como la una, en tratándose de sus goces, no tenía escrúpulos, por su parte la otra, en tratándose del inmediato logro de sus ambiciones, tampoco tenía remordimientos. He ahí las dos mujeres que luchaban á brazo partido en la casa y en la familia de Augusto.

A los quince años Julia casase con Marcelo, joven de veinte, por mandato de Augusto. El novio tenía delicada complexión y la novia complexión ardiente. Así, al poco tiempo de aquella boda, el desdichado muere consumido tras horrible agonía. Escogiólo Augusto para sucederle. No contento con que fuera sobrino carnal suyo, yerno, hízolo también por adopción hijo. Livia, que contaba dos muy robustos, inteligentes y hermosos, de su primer matrimonio, quería para ellos el imperio y la suprema lugartenencia del imperio. Así, miraba con sonrisa y ojos complacientes la poquedad y entenez de Marcelo, cuya vida se interponía como una tenue telaraña entre sus ambiciones y el trono. Dion Casio en su libro desliza la sospecha de que Livia colaboró y cooperó mucho cautelosa y sigilosamente al prematuro fin del malogrado príncipe heredero. Los maldicientes añadían á tales extendidas sospechas alguna indicación más, como la de que un médico imperial intervino allende lo necesario y lo justo en la enfermedad última de Marcelo. Efectivamente, habiendo ido éste á Bayas para cuidar de la preciosísima persona suya, y hallándose muy constipado, le recetó Musas, médico augustal, un baño de agua fría. Los cortesanos murmuraron, como se murmura de continuo en las cortes, y dijeron unos que había muerto á veneno y otros que á manos del médico. La desesperación de Octavia no tuvo límites. Hermana de Augusto, para el poder supremo nacida, futura emperatriz madre, hallóse con todas sus ilusiones y todas sus esperanzas muertas á la muerte de su hijo. Cuánta natural envidia no debía inspirarle á Octavia su augusta

cuñada, feliz con sus dos hijos, á cual más bello y más robusto. Las historias cuentan que Octavia detestó desde aquel minuto á Livia con odio cruelísimo. «¿Qué mucho, añade Séneca, si concluyó aquella madre infeliz por detestar á todas las madres felices!» Ella, y sólo ella, tuvo la culpa de todo, por haber arrojado su endeble



Marcelo (busto encontrado en Otricoli)

criatura, para que ascendiese al imperio, en las voraces llamas del amor de Julia, el cual ¡ay! lo acabó pronto. Los contemporáneos á una se hallan contestes en que perdió toda salud á los pocos días de casado, y fué con lentitud extinguiéndose, pero extinguiéndose sin remedio. Augusto no sabía dónde colocar á Julia ni qué hacer de Julia. «Dos hijas me dan muchas pesadumbres, exclamaba de continuo, dos, la viuda Julia y la república romana.» Pero hay que decirlo, sometió con mayor facilidad á su imperio la Ciudad Eterna que la princesa imperial. Dos mujeres, como Escribonia y Julia, repudiada la una, viuda la otra, debían traer muy mal aquella corte. Augusto creyó indispensable casar de nuevo á su hija. ¿Pero con quién? Livia la pedía para su Tiberio, demanda imposible de satis-

facer, dados los celos y los recelos de Octavia. Su hermana y su esposa compartían el influjo sobre Augusto, quien se inclinaba ya del lado de la una, ya del lado de la otra, según lo pedía el reposo de su familia y de su imperio. No casó, pues, á Julia con su entenado por no reabrir las profundas heridas que la muerte de Marcelo abriera en el corazón de su hermana. Buscando yerno, interrogó á todos sus consejeros, especialmente al principal de todos, á su amigo y ministro Mecenas. Este le aconsejó el casamiento con Agripa, su general en jefe, observando cómo no podía existir sin daño del imperio un hombre tan poderoso fuera de la familia imperial y lejos del trono augusto. Pero Agripa estaba casado nada menos que con Marcela, hija también de Octavia. ¡Buena dificultad! El divorcio se había extendido en Roma por esta edad, tanto, que facilitaba todas las combinaciones imperiales. Octavia se prestó á divorciar su Marcela de Agripa por tal de impedir el matrimonio de Julia con Tiberio. La infeliz hija suya, sacrificada por modo tan cruel á la impía razón de Estado, se conformó tristemente, pero se conformó al cabo, con su adverso destino. En cuanto al militar Agripa no había que hablar: general de todos los soldados, era un soldado ante Augusto, de quien tomaba la consigna y cumplía la ordenanza con severa incontrastable obediencia.

Parece imposible que Augusto no comprendiera cómo disolvía la familia romana multiplicando los divorcios en su propia familia. Entre los muchos males anejos al principio monárquico, hay uno señalado en verso escultural por Horacio, el poeta republicano de complacencias imperialistas: la facilidad con que al ejemplo de los reyes amolda las costumbres todo el mundo. Se divorciaban las gentes augustales, pues también se divorciaban las gentes de escalera abajo. En China estornudan los cortesanos cuando estornuda el emperador; estornudan los mandarines cuando estornudan los cortesanos; estornudan los burócratas cuando estornudan los mandarines; á su vez los pueblos estornudan cuando estornudan los burócratas, y un estornudo forzoso recorre todo el imperio, desde la Tartaria hasta el Pacífico. En tiempos imperiales se divorciaban los patricios, porque veían el divorcio en los césares; y se divorciaban los plebeyos, porque veían el divorcio en los patricios. Éste deja su mujer, porque ha descornado su velo y mostrado su rostro;

aquél, porque ha ido sin licencia de su esposo á los juegos; otro, porque ha tropezado casualmente con célebre prostituta en la calle. Afligido el emperador á la consideración de tales casos, promulgó las dos leyes Julia y Papia Popea, tan citadas en las aulas universitarias, por dirigidas á robustecer la familia. En ellas castigábase con gruesas multas al conyuge causa ocasional del divorcio. La mujer liberta, casada con su patrón libre, no podía demandarlo. El celibato era con muchas disposiciones contrariado. Se restablecían los medios mejores de restaurar la confarreación, matrimonio religioso abandonado, al punto de no haber podido encontrar los pontífices y los flamines mujeres nacidas en tal condición para casarse. Así contrarió también la viudez. Toda viuda cuya edad no llegase al medio siglo, hallábase incapacitada para poder aceptar las herencias de sus deudos y amigos, si no contraía inmediatamente nuevo matrimonio. El marido sin prole percibía solamente la mitad, y, á veces, el tercio de los legados. En cambio los matrimonios fecundos gozaban el derecho de acrecer en la herencia perdida por los matrimonios infecundos afines suyos. La madre de tres niños no había menester de autorización alguna para testar y no entraba de viuda en la tutela de su antigua familia como entraban las madres sin hijos. Los esposos no podían legarse mutuamente más que la décima parte de sus bienes; pero los padres de muchos hijos tenían mayor latitud. Augusto creyó restaurada la familia de esta suerte, y declánselo así en muchas ocasiones los primeros poetas. Ciertamente que no podía fiar mucho de palabras tan por extremo engañosas como aquellas que atribuían á sus miradas y sonrisas el claro azul de los cielos y el regocijo de las primaveras. Pero á esto añadía Horacio que, gracias á él, pacían seguros los bueyes en las praderas, brotaban las espigas nutrices en los campos, hendían los barcos bien conducidos el mar, la buena fe daba de mano á la sospecha, el adulterio huía de los hogares, ahogábanse al nacer los escandalosos desórdenes, las madres veían á una en sus hijos la semejanza natural con sus verdaderos esposos y recibía la culpa su merecido en tribunales sin tacha. Ovidio, por su parte, no se queda en adulaciones y alabanzas corto así que alguna vez tropieza con Augusto. La magnitud excelsa del personaje le abruma en términos de no encontrar un verso digno cuando más los